CESAR VALLEJO, O EL HOMBRE COMO SANTIDAD (*)

ME gustaría usar sombrero, porque para hablar de César Vallejo me lo quitaría. No es la primera vez que escribo sobre él, ni será la última. Es un poeta que salva y envenena, y su veneno consiste en la asfixia de la personalidad, en el estrangulamiento del don ajeno. Muchos poetas han perdido su senda, bella o áspera, para seguir la del gran peruano; peligro y tragedia de incontables gritadores, a pesar de la disimulada salmodia propia.

Vallejo era un hombre humilde, Vallejo rascó la vida con su sangre, Vallejo estuvo en la cárcel acusado de incendiario, Vallejo sonreía, Vallejo amó al hombre, le canonizó en su hermandad. En prosa o en verso, San Hombre está siempre retratado en el igual calendario que Vallejo puso en la pared de su alcoba o entre los pocos francos de su cartera.

Creyó en los otros a ciegas, con fe de gigante, y hasta cuando su voz se encrespa no es para maldecir, sino para dolerse. Su primer libro, *Los heraldos negros* (1918), es un tributo al modernismo. Más que Darío, el influyente es Julio Herrera Reissig, el extraordinario poeta uruguayo a quien todavía España no ha agradecido todo lo que le debe (baste recordar los homenajes de Alberti, Aleixandre, Hernández...). Darío, Vallejo, Neruda, Herrera y Reissig y Lugones forman, a mi juicio, el póquer de ases de la poesía hispanoamericana de este siglo. Pero volvamos a la influencia de Herrera y Reissig en Vallejo. Los neologismos, el lenguaje dislocado, la imagen que deslumbra, el amor al paisaje, son herencia del poeta uruguayo, y perviven, ya personalizadas, a lo largo de la obra posterior de Vallejo. Pero en *Los heraldos negros* hay un elemento totalmente personal: el culto del hombre, transparentado en una ternura que nunca abandonará a Vallejo:

> ¡Y en esta hora fría, en que la tierra
> trasciende a polvo humano y es tan triste,
> quisiera yo tocar todas las puertas,
> y suplicar a no sé quién, perdón,
> y hacerle pedacitos de pan fresco
> aquí, en el horno de mi corazón...!

(*) C. V. en tres tomos: *Los heraldos negros; Trilce; Poemas humanos; España, aparta de mí este cáliz.* Losada. Buenos Aires, 1961.

Desde *Trilce* (1922) Vallejo es el mejor Vallejo, alejado del modernismo y lanzado a una poesía existencial, gustosa de la vida, humilde de la muerte. Vallejo es el poeta de habla castellana más afín al existencialismo. Lo que ocurre es que el existencialismo de don Miguel de Unamuno es más filosófico que otra cosa, y en Vallejo la metafísica se resuelve en pino poético, en broma, en gesto y sonrisa que implora perdón por la travesura.

Vallejo o el orgullo de ser hombre. *Poemas humanos* (1923-38), he aquí un título iluminador. Humanidad, ternura, humor. Sería interesante escribir un libro sobre el humor vallejiano: sus chistes, su capacidad de sorpresa, sus disparates, sus paradojas...

La cantidad enorme de dinero que cuesta ser pobre.

Es un humor que va pegado al hueso de lo esencial. ¿Humor trágico? Aceptemos la expresión, en lo que "trágico" tiene de patetismo agónico, luchador y, por tanto, alegre en los finales.

Culto del hombre en paz o en guerra ("España, etc." (1937-38), nobleza, asombro de nacer así y no caballo, todo el mundo que sostiene San Hombre con sus brazos, aparece en la poesía—en la vida—de César Vallejo como una niña chica milagrosamente cogida antes de caer al suelo.

Niña chica que ya entrecierra sus ojillos ante lo duro y efímero del vivir, pero que también empieza a sonreírse, a embromar, a coquetear y a hacer de las húmedas suyas.

MANUEL MANTERO